

esta última, ha desaparecido, y que el mal se ha convertido, por decirlo así, en incurable. <sup>(1)</sup>

De aquí que jamás se recomendará suficientemente el principio de que acabamos de hablar. En una sociedad donde únicamente se avalúa el hombre según el trabajo que puede hacer, según lo que puede producir ó gastar por hora, en una época de fiebre, de actividad externa como la nuestra, las Órdenes deben por lo menos garantizar el honor y el verdadero valor del hombre.

Ahora bien, no podrán hacerlo, si no toman la defensa del hombre interior, mostrando con su ejemplo lo que es la vida espiritual, y ofreciéndola en su persona á los ojos del mundo.

La historia registra dos épocas en las que se dirigieron, á todos los que eran capaces de apreciar mejor las cosas, llamamientos reiterados á la vida interior y á la renuncia personal; una que comienza en Constantino, cuando la disolución del mundo antiguo, y otra, la que vió la destrucción de la Edad Media por el Humanismo y la Reforma. Conocemos el grado de prosperidad á que se elevó la religión en aquellos tiempos. Hoy, que la descomposición del mundo moderno casi es un hecho consumado, óyese resonar por todas partes ese mismo llamamiento á la vida interior y al despego de las cosas externas. Esperamos que el espíritu de Jesucristo, el espíritu de santidad, será comprendido y escuchado, y que muchos cristianos responderán á este llamamiento, aquéllos por lo menos que han jurado solemnemente sobre la bandera de Cristo ser valientes soldados en las santas luchas.

Ahora bien, es esta una de las más apremiantes necesidades.

Ciertamente, no negamos que las Órdenes deben hacer grandes esfuerzos para influir sobre el mundo y para salvar lo que todavía puede ser salvado. Esto es precisamente lo que les predica la obligación de fortalecerse y renovarse interiormente, porque el que quiere obrar útilmente en lo

(1) Wolter, *Ordinis monastici elementa*, 628.

exterior debe poseer gran provisión de fuerzas; de lo contrario, sucumbirá á las palabras del Señor: «Conozco su jactancia, á la cual no corresponde su valor; ha perecido por haber emprendido más de lo que podía». <sup>(1)</sup>

Con todo, no pensemos desde luego en nuestra actividad exterior. La actividad sigue á la existencia. Todos debemos existir, antes de dar pruebas de nuestra existencia. Sin esto, toda actividad no sirve más que para manifestar su propia inutilidad. Ahora bien, nuestra época ha hecho ya demasiados vanos simulacros: no aumentemos su número.

Así, pues, lo que verdaderamente está conforme con la época, y lo que es una de las más apremiantes necesidades de nuestra situación, consiste en poner á la vista del mundo lo que ya no está acostumbrado á ver, y aquello en lo cual casi no cree ya, es decir, hombres que, no sólo representen algo, sino que sean algo, realizando su empresa con toda la fidelidad posible, en otros términos, hombres que se esfuercen en conquistar la santidad interior.

Jamás han sido necesarios como en nuestros días hombres completos, hombres interiores, y establecimientos en que se formen, por consiguiente, Órdenes religiosas, y, para pronunciar de una vez la palabra extraña, Órdenes contemplativas. Sin ellas naufragará el navío de nuestra época, lo que será inevitable, si se suprime en él el equilibrio, poniéndolo todo sobre el puente, hombres, mercancías, máquinas, sin dejar nada en el fondo. <sup>(2)</sup>

Ahora bien, si hay pocas esperanzas de que las Órdenes contemplativas adquieran considerable extensión, deben convencerse las otras, las Órdenes activas, y convencerse por modo íntimo, de la necesidad de practicar ellas también la vida contemplativa para mantener el equilibrio en el mundo.

**8. Utilidad general causada por las Órdenes, aun consideradas desde el punto de vista de la contem-**

(1) Jer., XLVIII, 30, 36.

(2) Meschler, *Gabe des heil. Pfing.*, 365.

plación y de la vida interior.—Esto quiere decir que los religiosos, al vivir para sí, realizan grandiosa é indispensable empresa. <sup>(1)</sup>

Parece que viven aislados; pero aquí tienen aplicación las palabras del Apostol: «Nadie vive para sí, nadie de nosotros muere para sí». <sup>(2)</sup> Jamás un eclesiástico, un religioso, podrán salvarse solos, y difícilmente perderse solos. Dicho está: «Si vivimos, para el Señor vivimos, y si morimos, para el Señor morimos». <sup>(3)</sup>

Ahora bien, si vivimos ó morimos para Aquél por quien todo vive, vivimos ó morimos para la totalidad. Dios no saca utilidad ni perjuicio de nuestras acciones; sólo nosotros hacemos esto, porque en virtud de disposiciones tomadas por Él, todos no formamos más que un solo cuerpo y una sola alma.

Si acabamos de excusarnos, en cierto modo, al mostrar que nuestra decadencia no depende exclusivamente de nosotros, sino que es un signo, un resultado, de la enfermedad general, también debemos decirnos que nuestra decadencia es una causa por la cual el espíritu de piedad se pierde en el pueblo cristiano. Pero esto no debe desalentarnos; antes bien sirve para estimularnos á elevarnos á la altura de nuestra vocación. Porque así como nuestra caída ha sido la causa de la decadencia del espíritu cristiano, así también nuestra elevación será la renovación del pueblo de Dios.

Miles de personas esperan cerca de este camino que conduce al cielo, y preguntan lo que deben hacer. No les falta la voluntad de emprenderlo, pero por desgracia hállanse rodeadas de seductores que las apartan de él, y se lo pintan como imposible de seguir. Lo que ante todo les falta, son buenos guías, que en vez de animarlas simplemente con el gesto y con vanas palabras, las entusiasmen con su ejemplo y las arrastren tras de sí.

(1) Chrysostom., *In Mat. homil.*, 15, 6.

(2) Rom., XIV, 7.

(3) Rom., XIV, 8.

Ahora bien; ¿á quién compete la santa misión de guiar por esta vía del cielo? Nos lo dice el poeta: «Nos faltan enseñanzas de sacerdotes y monjas, de ellos, que han sido dados por Dios al mundo como espejos por su ciencia y su vida». <sup>(1)</sup>

Renovémonos, pues, en el espíritu de nuestra vocación, que consiste en ser para Dios el buen olor de Cristo entre los que se salvan y los que se pierden. <sup>(2)</sup>

Á nosotros nos toca saber si satisfaremos ó no las obligaciones de nuestra vocación. Si no las satisfacemos, nos convertiremos para el mundo en olor de muerte que le acarreará á él mismo la muerte; pero si las cumplimos, seremos olor de vida que producirá la vida en muchos.

Á la verdad, concierne esto en más ó en menos á todos los hombres. Pero ¿á quién mejor que á nosotros, religiosos, puede aplicarse esta obligación? <sup>(3)</sup>

De aquí que el Espíritu Santo inspirase á nuestros padres la idea de establecer un estado propio, en el cual, en nombre y para aliento de todos los cristianos, se ofrezcan constantemente á Dios, sobre el altar de los corazones de buena voluntad, el sacrificio de la penitencia y de la mortificación, el holocausto de la renuncia personal y de la oración continua.

La cesación de este sacrificio eterno indicaría que Dios ha rechazado á su pueblo. Pero mientras no se extinga su fuego entre nosotros, podemos estar cierto de que Dios no se retirará del seno de los que ha rescatado, sino que, por lo contrario, se dejará conmover, aunque esté justamente irritado contra ellos y resuelto á castigarlos; se inclinará á la misericordia y les concederá nuevas gracias, si el humo del sacrificio continúa ascendiendo hacia Él. <sup>(4)</sup>

**9. Las Órdenes son una bendición para la Iglesia.**  
—No es, pues, una ventaja para la Iglesia convertir á los

(1) Hugo de Trimberg, *Renner*, 3, 359 y sig.

(2) II Cor., II, 15. Phil., IV, 18.

(3) II Cor., II, 16.

(4) Genes., VIII, 21.

religiosos en auxiliares para el cuidado de las almas, sino que todos sus miembros tienen interés en verlos volver á su antigua disciplina, porque de ello depende la obtención de la gracia para ellos y su elevación sobrenatural.

La renovación de las Órdenes es la renovación de la Iglesia. Sin nueva prosperidad en las Órdenes, jamás volverá á encontrar la Iglesia la fuerza de su juventud.

Los monasterios no son hospitales para gente fatigada de la vida, gastada, extraña al mundo, <sup>(1)</sup> sino que son hogares de la vida eclesiástica, planteles de la vida de oración y de piedad, de mortificación, de abnegación personal y de humildad, faros y puertos para los cristianos, fortalezas y arsenales para el clero, reservas para todas las grandes obras emprendidas por Dios; en una palabra, altas escuelas de santidad.

«Lo que la Iglesia es en la ciudad,—dice San Gregorio el Grande,—lo es la vida religiosa en el pueblo cristiano». <sup>(2)</sup>

Si la bienaventurada Coloma de Rieti insistía tanto cerca de los señores laicos, para comprometerlos á hacerse dignos de la protección y auxilio de Dios, respetando y protegiendo mejor de lo que lo hacían, contra la maldad del enemigo á los conventos, estas fortalezas de la Iglesia y de Dios, ¿qué hubiera dicho á los jefes eclesiásticos? <sup>(3)</sup>

Sin duda que los hubiera exhortado á todos á compartir los sentimientos del enérgico arzobispo de Colonia, Felipe de Heinsberg, quién exclamaba un día: «¡Ah! si hubiera tan sólo en cada pequeña ciudad de mi diócesis un convento de gente que alabase á Dios sin cesar y que orase por mí y por las almas que me están confiadas, creo que la situación de mi iglesia sería mejor de lo que es en realidad». <sup>(4)</sup>

## 10. Las Órdenes como remedio á los males socia-

(1) Cf. Baunard, *Un siècle de l'Eglise de France*, (3), 145.

(2) Gregor. Magn., *Evang. hom.* 2, 39, 6.

(3) Sebastian. Perusin., *Vita B. Columbae Reat.*, 19, 184.

(4) Cesar. Heisterbac., *Lib. mirac.*, 4, 64.

les de su época.—Si esto fuese así, muy distinta sería la situación de los pueblos.

Pero se ha escrito tanto sobre la influencia bienhechora de los conventos sobre la sociedad, que es inútil hablar de ella aquí. Aun los que hoy tratan de borrar sus últimos restos, están contextes en afirmar que hubo tiempos en que fueron los primeros bienhechores de la humanidad y los salvadores de sus más grandes bienes: la civilización, la moral y el orden público. Pero—añaden—aquellos tiempos pasaron ya.

Sin duda que han pasado, pero también la situación es tal, que los conventos pueden felicitarse de no ser apreciados por esta sociedad, á fin de que la historia futura—en el caso de que la haya—no los censure de haber sido la causa de esta vuelta á la barbarie, de esta desunión, de esta miseria y de esta decadencia, de que somos testigos.

Pero no es esta la cuestión, sino que se formula del modo siguiente: ¿Debe ser esto así para que todo perezca? ¿No puede, pues, ayudarse la sociedad? ¿No quiere, pues, auxilio alguno, ni siquiera los que han dado pruebas de eficacia sobre este punto? ¿No es tan grande la miseria moral, que no fuese saludado como un bienvenido el primer salvador que se presentase? Ó bien, ¿se ha llegado ya al punto de que no sea factible creer en la posibilidad de la salvación?

No, no podemos admitir que todo esté perdido. La aurora de la salvación acabará por levantarse; se acercan los tiempos—de ello estamos convencidos—en que las Órdenes emprenderán de nuevo su antigua empresa.

Sí, se convertirán de nuevo en salvadores en medio de la angustia que nos oprime. La actitud del mundo enfermo, debatiéndose con tanto encarnizamiento contra ellas, es precisamente una prueba de nuestra afirmación. Es lo que ocurre con todos los enfermos; que rechazan al médico cuando ellos mismos son causa de su enfermedad. No quieren confesarlo; temen las justas censuras del que va á curarlos, pero nadie se complace más en dejarse tratar que

ellos, cuando prescinde de censuras, y, sin consultarlos mucho tiempo, emprende su curación.

Pero, en lo relativo á nuestro asunto, esperemos todavía un poco más. En la actualidad, no estaríamos por completo á la altura de nuestra misión. Trabajemos, pues, en renovarnos interiormente, y tan pronto como hayamos reconquistado todo nuestro vigor, nadie se mostrará tan contento de poseernos como el mundo, que tanto se encarniza ahora contra nosotros. Todo niño es ciertamente capaz de asegurar que no podemos hacerlo peor que los charlatanes, únicos que actualmente tienen permiso para ejercer su ciencia médica en el mundo enfermo. No es dudoso que nosotros haríamos un poco más; de ello tenemos la garantía en la experiencia y en la práctica de mil años.

Sí, las Órdenes lo harán mucho mejor, y sólo ellas lo harán. Cuando las cosas lleguen al punto en que las Órdenes no puedan ya remediar los males de la época, no tardará en sonar la última hora del mundo. ¿Qué es lo que da valor y paciencia á los desgraciados, sino el ejemplo de la pobreza voluntaria? ¿Qué es lo que pone freno á la prodigalidad y al desorden, sino ejemplos vivientes de desprendimiento y castidad? ¿Ante quién se doblega el león rugiente de la desobediencia, sino ante el que, por motivos superiores, ha encadenado su voluntad y su vida? ¿En quién tantas almas que sucumben bajo el peso de su cruz van á buscar consuelo y aliento, sino en los que se han abrazado por siempre jamás á la cruz de su Redentor?

Los maridos censuran á sus mujeres cuando llevan al convento sus íntimas cuitas. ¿Cómo si no hubiese una afinidad misteriosa que simultaneamente atrae á los que llevan la cruz! ¿Cómo si con harta frecuencia no hubiesen visto con sus propios ojos con qué valor continúan llevando su cruz doméstica, cuando en el umbral del convento la han, por decirlo así, santificado al contacto de la cruz de la Orden!

En una palabra, en la vida privada como en la pública, no hay situación alguna con relación á la cual la vida re-

ligiosa no ofrezca un modelo, un enardecimiento, un medio de salvación. El religioso que no se interese por una aflicción cualquiera, sea de la cristiandad y de la Iglesia universal, sea de la vida civil, de la doméstica ó de la pública, es un religioso muerto.

Todavía debemos hacer resaltar por modo especialísimo que en lo referente á la vida social ó política, únicamente el estado religioso es capaz de indicar el medio por virtud del cual podremos remediar los males de la situación presente.

Aislados en su Orden, perecerían y sucumbirían los religiosos. Trabajando bajo una dirección en el olvido de sí mismos y en la obediencia, hacen maravillas. Y los que hacen las mayores cosas son por lo regular los que carecen de medios, ó sólo los tienen limitados. Pero su desinteresado desprendimiento y su fiel subordinación les dan tal fuerza, que el mundo, que no conoce otro poder ni otro resorte que el dinero, cree siempre que disponen de inmensos tesoros.

Sin duda que poseen tesoros, que hacen verdaderos milagros, tesoros cuya principal cualidad consiste en estar á la disposición de todo el mundo.

Ahora bien, ¿cuáles son estos tesoros?

La adhesión completa á Dios, el desinterés, la obediencia, la unión, el trabajo continuo.

Al lado de esto, todos los tesoros del mundo sólo tienen muy secundaria importancia.

Si el mundo quiere aprender estos tesoros por medio de las Órdenes, así como la manera de aplicarlos y utilizarlos en común con ellas, es decir, á hacer de necesidad virtud, limitar sus necesidades, renunciar á sí mismo, familiarizarse con el sacrificio, practicar el espíritu de corporación, y, finalmente, buscar su fuerza en la obediencia y en el servicio de Dios, no tardará en comprender que no hay mal alguno del cual no puedan triunfar estas almas.

Por esto decimos que nada es tan útil al mundo como poseer Órdenes religiosas que curen las llagas sociales y

políticas actuales. Por grandes que sean estas llagas, no tardará en hallarse el bálsamo saludable, si se admiten los principios en que descansa la vida religiosa.

### 11. Las Ordenes como asilos de la humanidad.—

Aquí es precisamente donde se ve la obra de los que suprimen los conventos. Cometan los tales una acción que los antiguos no podrían explicarse más que por la locura ó la erupción de una cólera repentina rayana en la locura, <sup>(1)</sup> un crimen que ningún sacrificio podría expiar, <sup>(2)</sup> un crimen que sería inmediatamente seguido del castigo de Dios, aunque no ubiese leyes escritas entre los hombres para castigarlo.

En todos los tiempos y en todos los pueblos, ha habido asilos para los perseguidos injustamente, para los que carecían de auxilio y de defensa, para los reducidos al último extremo por la miseria ó por los remordimientos de su conciencia.

En todas partes poníanse estos lugares bajo la protección de la religión. Aun los pueblos más groseros han considerado estos asilos como santos é inviolables. <sup>(3)</sup> Y si por casualidad los violaba un enemigo en su furor belicoso, las generaciones futuras citaban el caso como ejemplo de la aterradora perversidad á que la pasión desencadenada podía arrastrar al hombre ciego.

Pero nuestra época ha destruído friamente, de acuerdo con un plan común, los últimos refugios de la humanidad en que el derecho de asilo era practicado por modo más grandioso y desinteresado: los conventos. <sup>(4)</sup>

La supresión de ellos no sólo ha sido una ofensa á Dios, sino un crimen contra la humanidad.

Se dice que estos asilos, que tenían su razón de ser antiguamente por la falta de seguridad, son inútiles en los Estados modernos, en los que reina orden perfecto.

(1) Polyb., 5, 11, 4.

(2) Herodot., 6, 91, 2.

(3) Pausan., 7, 24, 6; 25, 1.

(4) Augustin., *Civ. Dei*, 1, 4.

Semejantes palabras nos parecen una sangrienta burla contra la humanidad doliente, pobre, desprovista de auxilio, cuya miseria aumenta cada día, sin que haya un corazón que comparta sus penas, ni con mayor razón, una mano protectora. Porque, ¿cuándo la miseria del pueblo ha sido más intolerable que hoy en día?

Ahora bien, ¿dónde queréis que vayan los pobres á buscar consuelo? ¿Á la puerta de los tribunales, de los cuarteles, de los millonarios? Apenas ponen el pie fuera de sus tugurios oscuros é infectos, cuando la policía los detiene y los encarcela para ahorrar al corto número de los felices su aspecto desagradable y sus oraciones todavía más importunas. El único asilo que queda á los desgraciados en nuestra época es el cuartelillo de policía.

¡Ah, si se preguntase á los que luchan con la vida si quieren conventos, obtendríase una respuesta diferente de la de aquéllos que jamás han conocido las torturas del hambre ni las amargas del desconsuelo!

Pero no sólo puede uno oír la respuesta exacta, sino verla allí donde existe todavía un pequeño convento que ha conservado algo de su espíritu.

¡Cuántas personas entran y salen de él cada día! Pobres que piden un trozo de pan, zapatos, el precio de un alquiler, los gastos de estudios de sus hijos, alimento para los enfermos; jóvenes necesitados de consejo y de dirección; esposos y madres en busca de fuerza y de consuelo; empleados de poco sueldo; personas bien consideradas desearias de arreglar un asunto en que su honor está comprometido; otras en difícil situación ávidas de ayuda y protección; corazones indecisos quebrantados en busca de fuerza y firmeza; desesperados en demanda de una mano que los retenga al borde del crimen, de la locura ó del suicidio.

¡Ah, como se engaña el que cree que los conventos son á lo más una razón de ser para el pueblo grosero é ignorante! No, existe aun toda una clase de personas para las cuales son mucho más indispensables.